





























cho y unas llaves tintineando en los dedos. Recordando lo que me había dicho, me preocupé por saludarlo, pero él se limitó a dedicarme una mirada inexpresiva y apartó los ojos. Entonces estábamos a principios de verano; ahora, a principios de otoño. Los comentarios de la astróloga sobre la crueldad me habían traído a la memoria el incidente, en el que, en su momento, me pareció ver la demostración de que, sea lo que sea lo que queramos pensar de nosotros mismos, no somos sino el resultado del trato que hemos recibido por parte de los demás. El email de la astróloga incluía un enlace a la carta astral que me había hecho. Pagué y leí su contenido.